

## LA LITERATURA EN LOS PROGRAMAS CULTURALES DE LA TRANSICIÓN: UNA CIERTA EDAD DE PLATA

FRANCISCO RODRÍGUEZ PASTORIZA | UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

Para hacer una reflexión sobre la literatura en los programas culturales de televisión durante la transición política, creo que sería conveniente una aproximación previa al concepto de lo que se entiende por cultura y también a cuál es el periodo histórico que se entiende por transición.

En los años cincuenta del siglo pasado los sociólogos Clyden Kluckhohn y Alfred Kroeber habían recopilado más de 160 definiciones distintas de la palabra cultura, y en los sesenta, Georges Blandier contó hasta 250. Actualmente, quien se dedicara a reunir nuevas definiciones multiplicaría estas cifras hasta superar fácilmente el millar. Esto puede dar una idea de la complejidad de un término que admite interpretaciones sociales, económicas, antropológicas, semióticas, religiosas, etc., y que además evoluciona con la historia y por lo tanto está sometido a interpretaciones también cambiantes. El concepto de lo que es cultura se va haciendo más difícil a medida que lo asociamos con sociedades más complejas, por lo que no es conveniente analizarlo de forma aislada, y sí aplicarlo a un momento histórico preciso. De todas las definiciones posibles, vamos a quedarnos, para lo que aquí nos interesa por ahora, con la del filósofo Jürgen Habermas, quien dice que la cultura es el caudal de saberes que adquieren las personas para tener un mejor conocimiento del mundo. Ese caudal ha estado tradicionalmente en los libros, aunque en la actualidad, los medios de comunicación, y entre ellos la televisión, serían mediadores culturales, cauces para hacer llegar esos saberes a los ciudadanos y añadir al concepto de información el concepto de conocimiento. En los medios, y por supuesto en la televisión, la cultura aparece en la forma que Abraham Moles definiera como cultura mosaico, aquella que iguala las informaciones relacionadas con el clasicismo y las vanguardias con el utilitarismo y el consumo: lo sublime con lo *kitsch*. La que coloca en una misma página del periódico la subasta de un cuadro de Picasso y el último escándalo erótico de Michael Jackson; en un mismo programa de radio una sinfonía de Beethoven y el último éxito de *hip-hop*; en un mismo programa de televisión las declaraciones de un premio Nobel de literatura y las imágenes promocionales de la última entrega cinematográfica de la saga Torrente.

En cuanto a la transición, es ésta una época histórica sobre la que aún no se ha llegado a un consenso para establecer sus límites cronológicos: desde quienes piensan que comenzó tras la muerte de Franco y terminó con la aprobación de la Constitución en 1978 hasta los que creen se inició en los primeros años setenta y aún estamos en ella. En el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona se acaba de inaugurar la exposición «En transición» (hasta el 24 de febrero), que se subtitula gráficamente con dos fechas: desde el 20-N al 23-F. Y en Soria aún se puede ver una exposición itinerante de fotografías de Alberto Schommer bajo el título de «Fotografías de la transición 1977-1988», cuyo título es similar al de un libro de este fotógrafo publicado en 1996 bajo el título «Fotografías de la transición 1973-1988». Creo que este periodo es muy aproximado al que todos identificamos como el de la transición, aunque podría prolongarse también hasta la llegada al poder del Partido Popular en 1996, cuando se consolida la alternancia en el poder político.

La televisión es un medio de comunicación de masas, y más concretamente, se define como un medio de cultura de masas. Sus contenidos son fundamentalmente culturales, si bien el grado de calidad de la cultura que emite es variable. No vamos aquí a analizar los contenidos culturales de los diversos géneros televisivos, como series, películas, concursos, incluso dibujos animados, el equivalente al comic en la cultura gráfica, que haría interminable esta comparecencia ante ustedes. Vamos a ceñirnos a la programación específicamente informativa que la televisión elabora y emite sobre el mundo de la cultura y específicamente sobre el mundo de los libros. Unos espacios que no tardaron en aparecer pero cuando lo hicieron, incluso en un momento en el que no había competencia, eran emitidos en horarios marginales, una tradición (mejor, un vicio, heredado de la televisión franquista, como veremos) que se ha mantenido hasta hoy y que, en mi opinión, está en el origen de la baja audiencia de este tipo de espacios, lo que a su vez servirá a los programadores para justificar su ausencia en las parrillas de la programación a una hora decente. Es esta una pescadilla que se muerde la cola. Un estudio publicado por la revista *Cuadernos para el diálogo* en julio de 1972 ya señalaba que TVE dedicaba a programas culturales un porcentaje de tiempo muy inferior al de las televisiones europeas y que además nunca emitía este tipo de programas en horas de mayor audiencia, a pesar de no tener que enfrentarse entonces a ninguna competencia. Esto no es baladí, porque esta circunstancia ha ido orientando la programación cultural hacia un sector altamente especializado, pues ya se sabe que los medios de comunicación, y sobre todo la televisión, son utilizados selectivamente por las personas para reforzar y poner en práctica sus preexistentes orientaciones, engendradas por otros factores. Como consecuencia, los responsables de los programas culturales se van sensibilizando con la respuesta de su selectiva audiencia y orientando, por tanto, los contenidos de sus espacios, a los intereses de su público adicto: escritores, artistas, actores, cineastas, etc.

## LOS PROGRAMAS DE LIBROS EN TVE. LOS ORÍGENES

La televisión hizo su aparición en España durante el régimen franquista y esta circunstancia iba a marcar todos los contenidos de su programación para un largo periodo de tiempo, también los contenidos culturales, que no eran sino un elemento más de apoyo a los fundamentos sociopolíticos del régimen. Por eso, para entender la programación cultural actual de nuestra televisión pública y sobre todo la de la transición política, hay que recordar la circunstancia en la que nació el nuevo medio en nuestro país, que condicionó sus estructuras y puso los cimientos de algunos de los vicios que rigieron su funcionamiento, de los que aún hoy perduran algunos. Se impone, por tanto, una mirada, aunque sea breve, a los programas culturales en la historia de la televisión, previa a la transición.

El 28 de octubre de 1956, la primera emisión regular de TVE, emitida en directo desde los pequeños estudios instalados en el Paseo de la Habana, en Madrid, ya hacía suponer cuál iba a ser la línea de contenidos culturales de aquella primitiva televisión. En aquel primer programa la cultura estaba representada por una actuación de coros y danzas de la Sección Femenina y por el documental *Blancos mercedarios*. La política (el franquismo, por supuesto), y la Iglesia (más bien el nacionalcatolicismo), ya estaban presentes en aquel inicio cultural de nuestra televisión. No iban a abandonarla nunca.

Otro tipo de contenidos culturales en la misma línea no tardarían en incorporarse a la programación con carácter habitual. Los primeros serían adaptaciones de obras de teatro de autores como los hermanos Álvarez Quintero, dirigidas por Guerrero Zamora, cuya aceptación dio lugar a la creación de un primer programa dramático de periodicidad fija, denominado «Teatro Apolo» y posteriormente «Gran Teatro», precedentes de lo que iba a ser «Estudio 1», el gran programa de teatro de TVE. Otro de los géneros frecuentes era el de la adaptación de textos literarios, de fácil control ideológico, emitidos en series noveladas y en emisiones especiales, obras como *Mariona Rebull*, *Los cipreses crecen en Dios* y *La paz empieza nunca*, la crónica de la guerra civil desde el punto de vista de los vencedores.

Los primeros programas que se pueden definir como informativos culturales tardarían dos años en aparecer en TVE. Es fácil suponer que sus contenidos tampoco se alejaban de la exaltación de los valores políticos del franquismo, con la ausencia absoluta en términos generales, de lo que pudiera tener el menor atisbo de crítica o disidencia, características ambas que, entre otras, identifican a la cultura. El régimen se encargaría de nutrir los contenidos de estos primeros programas con intelectuales adictos, entre los colaboradores de «La Estafeta literaria» y la Editora Nacional. El pionero de los programas culturales informativos de TVE fue un catedrático de Teoría Política de la

Universidad de Madrid, Luis de Sosa, un falangista a quien en 1959, después de leer una ponencia sobre «La televisión como expresión artística y cultural» en la Semana de Altos Estudios, dedicada a la información, celebrada en Salou el año anterior, se le encargó la dirección y presentación del primer programa de televisión sobre libros, «Tengo un libro en las manos», en el que se escenificaba un fragmento de un libro cuya reseña comentaba previamente el profesor («Tengo un libro en las manos» fue Premio Ondas en 1960). Junto a su contemporáneo «Fomento de las artes», «Tengo un libro en las manos» cubría los contenidos culturales de esta primera etapa histórica de la televisión en España. Desde entonces, se convirtió en costumbre en TVE emitir simultáneamente un programa de artes y otro de letras. El mismo Luis de Sosa era el responsable de otro programa cultural, «Universidad TVE», que consistía en retransmitir conferencias de profesores de universidad, profesionales de la cultura, artistas y creadores que aparecieron por primera vez en la televisión. La nómina de los conferenciantes arroja hoy una curiosa mezcla: Fray Justo Pérez de Urbel, abad del Valle de los Caídos, Alejandro Muñoz Alonso (también comentarista político en los telediarios), Manuel Criado del Val, José Camón Aznar, Fuentes Quintana o Manuel Fraga Iribarne. La necesidad de que se emitiese en directo provocó que en ocasiones el mismo Luis de Sosa tuviera que sustituir a alguno de los invitados que no había podido asistir a última hora. Polifacético y emprendedor, Luis de Sosa creó también guiones para series de televisión, como «Diego de Acevedo» (protagonizada por Paco Valladares y Emilio Gutiérrez Caba), sobre la figura legendaria de un personaje de ficción que había combatido al lado de los españoles frente a los invasores franceses en la guerra de la independencia. Supongo que alguien resucitará al personaje este año conmemorativo de la efemérides.

A «Tengo un libro en las manos» sucedió «Los libros», de José Artigas, otro catedrático, esta vez de Filosofía y Letras. En esos años la información cultural televisiva se completaba con otro programa dedicado a las artes y titulado así, «Las Artes», que dirigía el crítico Enrique Azcoaga y con la tetralogía «Poesía e imagen», «Prosa e imagen», «Música e imagen» y «Arte e imagen», cuya duración oscilaba entre los 6 y los 15 minutos. La selección de textos de «Prosa e imagen» corría a cargo de escritores, críticos e historiadores de la época, que al mismo tiempo ejercían de censores. Los contenidos del espacio dedicado a la poesía se ocupaban, según la propia promoción del programa, de la poesía española de la Edad Media, el Renacimiento, el Siglo de Oro y el Romanticismo. No iban más allá (o más acá). La poesía nunca encontró un aliado en la televisión, a pesar de las grandes posibilidades estéticas que a priori presentan ambas expresiones culturales. Intentos como «El alma se serena», que servía de cierre a las primeras emisiones de TVE, el programa «El poeta en su voz» (1988) de José Pavón y Fernando Mateos, o la serie «Abierto en el aire», de

Miguel Bilbatúa, sobre la vida y la obra de Rafael Alberti, no consiguieron más que atraer el interés de unos pocos miles de adictos.

En los primeros años setenta, las inquietudes políticas conseguían a veces traspasar los férreos controles de la censura. Entonces aparecieron fugazmente programas como «Libros que hay que tener» que presentaba en 1970 la periodista Elena Martí; «Galería», de 1973, dirigido en sus dos etapas por Ramón Gómez Redondo (que sería el primer director de programas en la primera etapa del gobierno socialista en TVE, con José María Calviño como director general) y Fernando Méndez Leite, y presentado por Paloma Chamorro, otra de las musas de la televisión de la transición, que también presentaba «Cultura 2», que dirigía José Luis Cuerda. Cuando comienza la década de los setenta, el espíritu de la transición ya estaba en marcha, aunque en el momento de la muerte de Franco, TVE estaba viviendo una etapa caracterizada por el llamado espíritu del 12 de febrero, una tímida apertura iniciada por el discurso que el presidente del Gobierno Arias Navarro había pronunciado el 12 de febrero de 1974, tras el asesinato de Carrero Blanco por ETA y que quería trasladar una cierta sensación de aperturismo. En ese momento el responsable de la programación de TVE era Narciso Ibáñez Serrador y estaban en emisión programas como «La víspera de nuestro tiempo», de Jesús Fernández Santos, una visión de la historia reciente de España, que venía a suceder a «España siglo XX», un precedente ideológico de la historia desde el punto de vista franquista. «Pintores del Prado» de Ramón Gómez Redondo, «Paisajes con figuras», de Antonio Gala, «Cultural informativo», de Joaquín Castro Beraza y Clara Isabel Francia o «Cuentos y leyendas», de Rafael J. Salvia y Rafael García Serrano. El cine había querido presentar un nuevo rostro con sesiones de cine club que presentaban ciclos de películas de realizadores como Kenji Mizoguchi y Jules Dassin, cineasta este último con cuya película se iniciaba en 1974 «Noche de cine», presentado por Concha Velasco y Alfredo Amestoy, que venía a relevar las divertidas introducciones del crítico Alfonso Sánchez. En teatro, Adolfo Marsillach seleccionaba las obras que se emitían en «Silencio, estrenamos». En música pop la apertura a nuevos géneros y el atrevimiento a presentar productos en el límite de lo permisivo vinieron de la mano de Gonzalo García Pelayo y Moncho Alpuente, con «Mundo pop» y del «Beat club», de Ramón Trecet. Y no hay que olvidar los documentales de Rodríguez de la Fuente «Planeta azul» y «Fauna ibérica», precedentes de «El hombre y la tierra», así como las primeras entregas de «Otros pueblos», los documentales antropológicos de Luis Pancorbo.

#### LOS PROGRAMAS DE LIBROS EN TVE DURANTE LA TRANSICIÓN POLÍTICA

Este era a grandes rasgos el panorama de la programación cultural de la televisión en España en noviembre de 1975, a la muerte de Franco. Comienza

entonces una transición política en la que sus responsables tienen un especial cuidado en que sea la televisión el espejo en el que la sociedad española vea reflejados los avances de todo tipo. Al frente de RTVE el presidente del Gobierno Adolfo Suárez (que ya había sido él mismo director general de RTVE) coloca a Rafael Ansón (mientras su hermano Luis María estaba al frente de la Agencia EFE, con lo que la imagen pública de la nueva España quedaba en familia) para vender al país el nuevo régimen de monarquía democrática y prepararle para la aceptación masiva de la nueva España constitucional y autonómica y una delicada deslegitimación del franquismo, con programas de educación democrática como «¿Qué es...?», «¿Quién es...?». Hay quien dice que con Ansón, y después con Castedo (tras el paréntesis de Arias Salgado), TVE se pareció más que nunca al perseguido modelo de la BBC.

Vamos a iniciar entonces un recorrido por algunos de los programas culturales más representativos de la programación de TVE durante la transición política, que suponen una muestra de los diferentes estilos y tratamientos informativos que el hecho cultural ha recibido por parte de la televisión durante aquel periodo. Nos detendremos sobre todo en aquellos programas de libros que se mantuvieron en pantalla un tiempo suficientemente representativo y desarrollaron una labor digna de tenerse en cuenta para ulteriores consideraciones. Fundamentalmente, esa labor era la de restituir a la ciudadanía las obras y los autores ocultados o censurados por el régimen franquista y trasladar a la sociedad española una idea de cultura diferente a la que se había publicitado hasta entonces.

A los programas musicales y de entretenimiento regresaron artistas hasta entonces vetados, como Víctor Manuel y Ana Belén, Lluís Llach, Serrat o Luis Pastor. El pop tenía una amplia representación en «Voces a 45», que presentaron cantantes como Rosa León, showmen como Micky y Pepe Domingo Castaño, mientras la gran música se emitía en retransmisiones y en programas como «Pequeño álbum de la zarzuela», de Mario Beut, y el flamenco, de la mano de Fernando Quiñones también tenía su pequeña parcela.

Los programas informativos de cine consiguieron una notable aceptación con «Revista de cine», presentada y dirigida por Alfonso Eduardo, que incluía una crónica de Alfonso Sánchez. Y hay que destacar la serie dedicada a «13 oficios cinematográficos». Más tarde, en 1982, se creó «Cine de medianoche», un ciclo para la emisión de películas en la madrugada de los viernes, cuyo contenido se consideraba poco recomendable en otros horarios, por su contenido violento o erótico: *Perros de paja*, *Portero de noche*, *El imperio de los sentidos...*

La cultura popular encontró en el programa «Raíces» una de sus mejores expresiones en la televisión. Estaba dirigido por el gran fotógrafo Ramón Masats

con guiones de Manuel Garrido Palacios. Por su parte, la música popular encontró su hueco en el programa «La banda del Mirlitón», que presentaba el cantante Ismael.

En 1976 la información taurina se inició con «Revista de toros». Hasta entonces, las corridas sólo habían estado presentes a través de retransmisiones en directo, que convirtieron en verdaderos mitos mediáticos a figuras como El Cordobés. Se crea ahora una Jefatura de Coordinación de programas taurinos y la presencia de esta categoría cultural se hace muy frecuente de la mano de Mariví Romero, hija del periodista Emilio Romero, y Manuel Molés, mientras se convierten en históricas las retransmisiones de Matías Prats.

En cuanto a la gastronomía, antes de que los Arguiñano y compañía saltasen al estrellato mediático, Elena Santonja, la esposa de Jaime de Armiñán, había comenzado a crear un cierto interés por el tema con «Con las manos en la masa», que se prolongó durante más de nueve años.

La televisión inició en esta etapa un espacio sobre sí misma, en el que informaba sobre la parrilla de programación de la semana siguiente.

Como programa de historia, «La víspera de nuestro tiempo» fue sustituido por «30 años de historia», de Ricardo Fernández de la Torre.

La tradición de adaptar obras literarias continuó también durante la transición con «Los Libros», que sustituyó a «Hora 11» en este género (el título de «Los libros» parece que gustó en todas las épocas. Varios programas tuvieron como título esta cabecera. Algunos de ellos eran programas dramáticos, de adaptación de obras literarias y otros eran informativos sobre la producción editorial del momento. El último, el presentado y dirigido al alimón por Armas Marcelo y Eduardo Sotillos durante el periodo del PP). A caballo entre los últimos meses del franquismo y los primeros de la transición, «Los libros» abordaba adaptaciones ambiciosas como *La fontana de oro*, de Benito Pérez Galdós, a cargo de Jesús Fernández Santos, o *La montaña mágica*, de Thomas Mann, por Jaime Chávarri. En noviembre de 1977 se convirtió en un espacio dramático de periodicidad fija dirigido por Emilio Martínez Lázaro con guiones de Manuel Marinero, que adaptó grandes obras de la literatura universal que habían sido evitadas en la etapa anterior como *Os Lusíadas*, *El club de los suicidas* o *El retrato de Dorian Gray*. Más tarde, TVE abordó la adaptación de obras de la literatura española utilizando el formato de grandes series en varios capítulos: *Los gozos y las sombras*, *Los pazos de Ulloa*, *La plaza del diamante*...

Con ese espíritu de dar a conocer a los escritores e intelectuales silenciados durante el franquismo, en octubre de 1977 comenzó la emisión de «Los escritores», un programa de periodicidad semanal de 25 minutos que se emitía por la Primera Cadena los martes a las 15.30, después del Telediario. Por «Los escritores»

pasaron, entre otros, José Luis Castillo Puche, Juan Benet, Gloria Fuertes, Antonio Buero Vallejo, José Luis Coll, Ángel María de Lera, Antonio Gala, Luis Calvo, Baltasar Porcel... muchos de los cuales hasta entonces habían sido ignorados o directamente censurados por el régimen. La televisión contribuyó a dar a conocer su obra y sobre todo su imagen.

Pero antes de que «Los escritores» apareciese en pantalla, ya se estaba gestando el que sería el primer gran programa de información cultural de la televisión española, «Encuentros con las letras». En amplios sectores se piensa aún que ha sido el mejor espacio en su género, aún no superado por ningún otro posterior.

#### «ENCUENTROS CON LAS LETRAS», UNA REVOLUCIÓN CULTURAL EN LA TELEVISIÓN

El germen de «Encuentros con las letras» fue un programa titulado «Revista de las Artes y las Letras». En el Anuario de 1976 de RTVE, titulado «Nuestro libro del año» se promocionaba así este espacio:

«Revista de las Artes y las Letras» intenta ser una plataforma para la información y la discusión de las manifestaciones de la cultura, con especial atención a los artistas y creadores españoles, seleccionados y considerados desde la perspectiva universal, y a los que se somete a la crítica o a la comparación y contraste por lo menos (...) Las artes –pintura, escultura, grabado, arquitectura, urbanismo, jardinería–, artes populares y –folklore– y las letras –literatura, teatro, historia y ciencia– han sido expuestas como informaciones objetivas y como mesas redondas de discusión (...).

Esta ambiciosa definición de principios situaba a «Revista de las Artes y las Letras» ante el compromiso de abarcar la totalidad de las manifestaciones culturales del momento, lo que muy pronto se demostró imposible y provocó su escisión en dos programas diferentes, «Revista de las Artes» y «Revista de las Letras», que alternaban su emisión cada semana en la Segunda Cadena de TVE, para posteriormente volver a unir sus contenidos en un mismo programa titulado ahora «Encuentros con las Artes y las Letras». El primer programa de este nuevo espacio se emitió el 7 de mayo de 1976 por la Segunda Cadena de TVE. Su director y guionista, Carlos Vélez, contaba con un amplio y prestigioso equipo de especialistas: Joaquín Barceló, Miguel Bilbatúa, Antonio Castro, Paloma Chamorro, Elena Escobar, César Gil, José Luis Jover, Juan Antonio Méndez, Fernando Sánchez Dragó, Daniel Sueiro y Jesús Torbado. En esta primera emisión «Encuentros con las Artes y las Letras» definía de manera global sus objetivos (era costumbre entonces dictar en un primer programa sus objetivos y su razón de ser):

(...) La cultura no está perdida; está dañada, a veces ausente, a veces olvidada, pero día a día nace y se rehace (...) recuperarla, buscarla, volver a hacerla

nuestra y cargar con ella, es tarea fundamental de este pueblo nuestro (...) «Encuentros con las Artes y las Letras» pretende, a su manera, con un formato un tanto irregular (...) ocupar un lugar en la recuperación de la cultura para todos. «Encuentros con las Artes y las Letras» intenta crear un espacio cultural sin fecha y sin lugar, aunque sabiendo, eso sí, que estamos en 1976 y en esta España. Pero las verdaderas fechas, el lugar cierto, se irá acumulando cada día.

Este espíritu de ir haciendo camino al andar se ha querido que quedase también reflejado en la escenografía sobre la que se desarrollaba el programa: no había lugares definidos; los que con el tiempo se irán convirtiendo en lugares habituales todavía no estaban creados en esta primera emisión. Sólo se perfila claramente el entorno del presentador: una silla, unos módulos sobre los que ya están los elementos que se van a utilizar con mayor frecuencia: un proyector de diapositivas, un magnetófono, libros, revistas, dibujos, fotografías, un tocadiscos, archivadores... Poco a poco, programa a programa, se irá configurando el espacio físico sobre el que se van a desarrollar sus distintos apartados. La emisión de este primer programa de «Encuentros con las Artes y las Letras» coincide con la fecha en que se publica el primer número de la revista *Historia 16*. Este episodio hace que el programa se haga eco, de la mano de Daniel Sueiro, del interés de los españoles, a la vista de otras recientes publicaciones, por conocer su pasado histórico desde puntos de vista diferentes al que hasta entonces la cultura oficial les había suministrado. Además, la aparición de *Historia 16* da pie a los responsables del programa a matizar sus posiciones culturales e ideológicas a través del editorial de la nueva publicación, con el que dicen sentirse identificados. Roberto Llamas, siguiendo el guión, conduce el programa hacia la insólita lectura a cámara este manifiesto:

(...) Cuando empezamos a sacar la cabeza de debajo del agua se diría que un diluvio ha borrado la historia y hasta la geografía del país. Cuando tanto monumento de la antigüedad hispánica, y tanta ciudad bellísima de siglos ha sido sustituida por cajones verticales altísimos, sin cultura y sin gusto y sin pretexto, se diría que la historia española se ha esfumado. (Donde se dice «historia española se ha esfumado», podemos decir cultura, aunque las dos expresiones tengan, tienen, un significado bien común. La historia es cultura y la cultura es historia cuando se hace acervo común. A partir de ahora, en donde se dice historia, podemos sustituirlo por cultura. Sigo leyendo). Sin embargo, bajo la apariencia ladrillesca y burda de la España actual, se encuentra una larguísima historia, un legendario encadenamiento de pueblos y de culturas que fueron grandes en Cádiz hace milenios o pintaban cuevas bellísimas en tiempos del mamut, que enseñaron matemáticas y medicina en Europa, conquistaron un continente, a punto estuvieron de recrear la totalidad del imperio europeo y que han pintado, han escrito, han pensado brillantemente, casi desde el momento en que el hombre se puso a andar a dos patas por Europa. Mirando hacia atrás sin ira, se diría que hoy tales hazañas son de otros, que aquí no hemos heredado nada de nada, y sin embargo, nada de lo que aquí ocurre, por pequeño y mediocre que hasta

ahora nos parezca todo, ni nos es ajeno ni se explica sin esa larga historia que llevamos (cultura, decimos en nuestro programa). Recuperarla, buscarla, volver a hacerla nuestra y cargar con ella, es tarea fundamental de este pueblo nuestro que ahora levanta la cabeza. Y en esta tarea quiere colaborar, en lo que pueda, esta historia (este «Encuentros con las Artes y las Letras») que ahora nace con enorme ilusión. Confiamos en que nuestros lectores (nuestros espectadores) encuentren aquí una amena y significativa resurrección de su propia historia (quiero decir, de su propia cultura).

Este primer programa incluía una entrevista de Paloma Chamorro a Tomás Marco sobre el tema Cultura y Música. Una actriz, Maite Blasco, leía el poema «Mujer con alcuza» de la obra *Hijos de la ira* de Dámaso Alonso, a la que se dedica una de las secciones de la emisión. La parte central estaba ocupada por una mesa redonda en la que se debatía un tema polémico y recurrente: las adaptaciones de obras literarias al medio televisivo. Participaban el crítico de teatro Mauro Muñiz, el realizador Narciso Ibáñez Serrador, el realizador Domingo Almendros y el presentador del programa Roberto Llamas. Esta primera emisión se completaba con el comentario a dos nuevas ediciones de los *Episodios nacionales* de Benito Pérez Galdós, y las secciones «Primer encuentro con una nueva generación: Guillermo Pérez Villalba, Nicolás Cless y Gerardo Aparicio», a cargo de Joaquín Barceló, y «En torno a esa cultura», de Juan Pedro Quiñonero, que cerraban este primer programa de «Encuentros con las Artes y las Letras»: nada menos que 88 minutos y 25 segundos de cultura en televisión. Una duración hoy inimaginable en un programa cultural.

«Encuentros con las Artes y las Letras» acudía directamente al formato sustantivamente televisivo, el video, y decidía que cada uno de sus espacios había de disponer del tiempo suficiente para entrar en la materia de manera también suficiente. Con hora y media de emisión tenía, además, la oportunidad de tratar varios temas en cada una de sus ediciones. El contenido, no obstante, así como su formato, pretendían dar la sensación de un todo coherente, de forma que el espectador se encontrase integrado en el mundo de la cultura que allí se presentaba, no sólo en cuanto a los mensajes de los protagonistas, sino a la atmósfera creada en cada una de sus secciones. La especialización de los componentes del equipo introducía en los tratamientos una dimensión de veracidad y autenticidad que redundaba en una mayor credibilidad de los contenidos del programa, por otra parte, plurales ideológica y estéticamente en cuanto a temas, obras y autores. Su puesta en escena pretendía huir de la devoción a la imagen por la imagen, en contra de lo que tradicionalmente se venía haciendo hasta entonces en los programas culturales de TVE. En este sentido se cuestionaba constantemente el criterio de que *una imagen vale más que mil palabras*; se trataba de que las palabras fijasen la imagen. Este criterio se hacía palpable en las entrevistas, donde la imagen del entrevistado (los planos de detalle de

su mirada, de sus gestos, de sus manos) decían tanto como sus palabras. Además, en el diálogo se incrustaban imágenes (portadas de libros, cuadros, fotografías) que reforzaban determinados aspectos informativos. «Encuentros con las Artes y las Letras» liquidó algunos de los formalismos televisivos al uso, no sólo evitando saludos y despedidas al comienzo y al final de cada sección, sino incluso, ya en una segunda etapa, prescindiendo de presentador. Emitió un total de 41 programas y una edición extraordinaria (el 8 de agosto de 1976). La información sobre la literatura, el teatro, la música, la ciencia, la escultura, la canción, la pintura, el comic, etc., se sucedían programa a programa en diversos formatos: mesas redondas, entrevistas, reportajes, comentarios... A partir del programa número 21, emitido el 24 de septiembre de 1976, se reduce su tiempo de duración a 60 minutos y aparece una sección fija dedicada al teatro. Esta estructura se mantendrá durante seis números (del 21 al 26). En los posteriores, la sección de teatro continúa y vuelve a recuperarse la duración original de una hora y media. Desde el 14 de enero hasta el 21 de marzo de 1977 (números 36 al 41) el programa se emite con periodicidad quincenal, alternándose cada semana con el espacio dramático «Teatro Club» (los viernes a las 20.00). Con todas sus carencias, más evidentes hoy que hace más de 30 años, «Encuentros con las Artes y las Letras» cubrió un hueco importante en la historia y en la programación de TVE. Algunos meses después de suspendidas las emisiones del programa, Carlos Vélez destacaba lo que había sido esta experiencia: la difusión de las artes y las letras con atención, profundidad, conocimiento, sin vergüenza ninguna y sin miedo ni a hacerse pesado ni a dar la sensación de que se atiende solamente a minorías preparadas. A partir del programa número 42 (15 de abril de 1977), lo que hasta entonces había sido «Encuentros con las Artes y las Letras» se divide en dos programas diferentes que conservan su título como seña de identidad: «Encuentros con las Artes» y «Encuentros con las Letras».

Mientras «Encuentros con las Artes» agonizaba poco a poco en una especialización elitista y minoritaria, «Encuentros con las letras» se revelaría como el programa cultural por excelencia de toda una etapa de TVE, la que coincidió con la transición política.

La dirección y el guión de «Encuentros con las letras» continuaron en manos de Carlos Vélez, que mantuvo a algunos de sus colaboradores habituales y añadió otros al nuevo equipo. En marzo de 1978 se incorpora la traductora y crítica Esther Benítez y en octubre del mismo año lo hace Andrés Trapiello. A partir del número 111 (14 de junio de 1979) se incorpora la escritora Montserrat Roig con una serie de colaboraciones, sin periodicidad fija, sobre literatura catalana.

Así pues, a partir del 15 de abril de 1977, el programa de Carlos Vélez se transforma en específicamente literario. En su nuevo formato ofrecería (hasta su

desaparición el 10 de octubre de 1981) 235 espacios con noticias, informaciones, análisis, discusiones, coloquios e incluso creación de textos para espacios específicos. Todos los géneros tuvieron cabida en el nuevo formato: novela, cuento, relato, narración, teatro, poesía, viajes, biografía, epistolarios y memorias, conferencias, retórica y humanidades, ciencia y pensamiento, manuales y compendios, erudición y periodismo, lenguaje, divulgación, filosofía, traducción, crítica, romances y canción, guiones y, en fin, todo aquello que tuviera relación, a veces lejana y marginal, con el mundo de los libros. «Encuentros con las Letras» ejerció su intención crítica, didáctica, divulgativa e informativa a través de la selección del hecho cultural y/o de su autor, y del tratamiento que a aquél o éste le ha sido dado tanto en cuanto a la forma como a la extensión. La selección de esos hechos culturales y de esos autores se hacía con intención totalizadora: se hablaba de una obra, de un creador, de un acto cultural determinado no sólo en razón de su calidad sino también en un equilibrio abarcador no intentado en cada edición específica sino a través de la línea general del programa, incluso a veces en base a razones más coyunturales: «best-seller», escándalo, premio literario, de tal manera que el espectador pudiera hacerse su propia composición de lugar sobre el tema a debate. Puede afirmarse que «Encuentros con las Letras» consiguió lo más difícil, el objetivo que debe guiar a todo programa cultural: incitar a la lectura o a la contemplación de una obra. El tratamiento del hecho cultural fue el requerido para cada ocasión: filmación «in situ» para actos celebrados en cualquier parte del país (teatro, conferencias, coloquios, presentaciones, mesas redondas, exposiciones), debates para enfrentar tesis diferentes o dar a conocer los diversos puntos de vista de temas polémicos, entrevistas a escritores, autores, directores, siempre dirigidas a que los entrevistados defiendan, definan y descubran sus intenciones y las consecuencias estéticas, literarias, lúdicas y sociales de sus obras, etc. Todo ello en una estructura abierta y siempre suficientemente flexible para que el programa no se encerrase en un corsé que condicionase sus formas. La experiencia de «Encuentros con las Letras» en cuanto a su aceptación por las élites, la crítica especializada y el público (el programa iba registrando audiencias cada vez más elevadas) obligó a mantener una estructura de grandes bloques que permitía ahondar en los temas tratados, con mayor intensidad de lo que es habitual en un medio como la televisión.

El teatro, además, mereció un tratamiento especial y diferenciado dentro del nuevo espacio, tanto en su aspecto meramente literario como en su puesta en escena. Durante cuatro años, «Encuentros con las Letras» ofreció, en colaboración con el programa «Teatro estudio», análisis y tratamientos de obras, a cargo de críticos tanto de teatro como de televisión, que este espacio ponía en escena para los espectadores de TVE, en una sección titulada «Encuentros para «Teatro estudio»».

En cuanto a las secciones del programa, como ya hemos apuntado, no eran de inserción ni periodicidad fija, lo que redundaba en beneficio de su flexibilidad. Pese a todo, muchas de ellas alcanzaron una alta aceptación entre la audiencia: «El proceso creador», «En el ángulo», «El triángulo», «Se platica», «Encuentros para una política cultural», «Primer encuentro con una nueva generación», «La letra de la canción», etc. (en la primera etapa) o «Las señas de identidad», «Protagonistas y testigos», «A título personal» (sección que desapareció a partir de noviembre de 1980 al trasladarse al suplemento cultural «Disidencias» que publicaba «Diario 16»), «Biblioteca de encuentros», «La biblioteca de...», «Fe de erratas», «Frente a frente», «Mano a mano», «Otras voces, otros ámbitos», «¡Estos españoles!», «Derecho de réplica», «Teatro en escena», «Un libro para la biblioteca de Encuentros», «La biblioteca del político», «Paseo con libros», «En castellano», «Los libros de...», etc., todos ellos suficientemente expresivos en relación con sus contenidos, y que dan idea de la amplitud de temas y tratamientos abarcados por el programa. Junto a ellos, fueron frecuentes los números monográficos dedicados por «Encuentros con las letras» a los más diversos temas culturales, entre los que citamos «La guerra civil española» (29-4-77), «Cultura catalana» (20-5-77), «Fernando Arrabal» (27-5-77), «La nueva Alfaguara» (10-6-77), «Los exilios» (24-6-77), «La crisis de la novela» (15-8-77), «La generación del 27» (17-9-77), «Jorge Semprún» (13-12-77), «Julio Cortázar» (10 y 17-1-78), «Miguel Delibes» (14-3-78), «Julio Caro Baroja» (11-4-78), «Carlos Barral» (9-5-78), «Espadaña» (15 y 22-3-79), «Literatura española árabe-andaluza» (5-4-79), «Historia del franquismo» (24-5-79), «Ruedo ibérico» (5-7-79), «Literatura erótica» (16-8-79), «Camilo José Cela» (4-10-79), «Rafael Alberti» (18-10-79), «Cultura vasca» (8-11-79), «Literatura sefardí» (20-12-79), «Gonzalo Torrente Ballester» (24-1-80), «Filosofía y pensamiento» (7-2-80), «Novela española contemporánea» (3 y 10-4-80), «Cine y literatura» (23-6-80), «Novela alemana contemporánea» (19-3-81), «Literatura hispanoamericana» (13, 20 y 27-6-81), etc., lo que nos da una idea del amplio bagaje audiovisual aportado por el programa a los archivos de TVE.

El formato de «Encuentros con las Letras» introdujo elementos del lenguaje audiovisual en su puesta en escena a través de una serie de recursos que iban dando en su conjunto continuidad al programa, como el decorado, determinado por la esencia del programa (anaqueles con libros, retratos de escritores, etc.), el equipo, siempre representado en cada sección por al menos uno de sus miembros, la cabecera, que incluía largas filas de estanterías que identificaban los contenidos, los sumarios de entrada, que incluían fragmentos visuales y sonoros de cada uno de los espacios, la sintonía musical identificativa, el estilo y la forma de rótulos, recuadros, elementos de postproducción, etc., que guardaban una cuidadosa conformidad identificativa...

A lo largo de sus cinco años y medio de existencia, con altos índices de aceptación y audiencia, elogiado ampliamente por espectadores, crítica especia-

lizada y profesionales de la cultura y del mundo universitario, «Encuentros con las Letras» acumuló un enorme legado cultural que con los años se ha hecho más valioso, sin caer en repeticiones, tópicos ni lugares comunes, tan frecuentes en programas culturales pensados más para el consumo que para la divulgación y la educación de los espectadores.

#### LA ENTREVISTA. «A FONDO»

Entre 1976 y 1981 el periodista Joaquín Soler Serrano dirigió y presentó en la Segunda Cadena de TVE un programa de entrevistas titulado «A fondo». Se trata de un espacio de una duración cambiante (desde los 41 minutos de Manuel Puig a los 157 de Borges o a las dos horas largas de Julio Cortázar), dedicado casi siempre en su totalidad a un personaje del mundo de la cultura, en el que se trata de agotar hasta donde sea posible el perfil humano y profesional del entrevistado. Con una realización de Ricardo Arias que hoy consideramos muy pobre, de un plano general fijo con zooms hacia los protagonistas y con una puesta en escena en la que figuraba la obra del invitado (los libros en el caso de escritores, algún cuadro o reproducción en el caso de pintores, etc.) y una mesa con dos sillas en un inexistente decorado. Grabado en blanco y negro, aunque los últimos capítulos ya fueron realizados en color, el interés de «A fondo» consistía en los contenidos de la conversación mantenida entre el presentador y el invitado. Por el programa pasaron desde Juan Rulfo (declarado enemigo de la televisión) y Borges (aquí hizo las polémicas declaraciones en las que ponía en duda la calidad de la obra de García Lorca) hasta Josep Pla, Salvador Dalí o escritores entonces aún no consagrados como Francisco Umbral. Octavio Paz, Julio Caro Baroja, Alejo Carpentier, Ramón J. Sender, Alberti, Alvaro Cunqueiro, Dámaso Alonso, Gabriel Celaya, Ernesto Giménez Caballero, Gonzalo Torrente Ballester, Severo Sarduy... hasta 274 personajes de la cultura pasaron por un programa en el que dejaron una huella impagable, uno de los más ricos legados audiovisuales de nuestra televisión cultural, que tiene el valor de un gigantesco incunable.

Algunas de las entrevistas de «A fondo» fueron editadas en video por iniciativa del cineasta Gonzalo Herralde, en una colección titulada «Videoteca de la memoria literaria», con imágenes restauradas y una remasterización del sonido original. Años antes, en 1981, el propio Joaquín Soler Serrano había recopilado 20 de sus entrevistas para el libro «A fondo. De la A a la Z» (Plaza & Janés).

#### «TIEMPO DE PAPEL»: LA DIFÍCIL SUCESIÓN DE «ENCUENTROS...»

Ciertamente, «Encuentros con las letras» puso muy alto el listón para sus sucesores. Con el ánimo de cubrir su ausencia, la segunda cadena de TVE ideó

un nuevo espacio que se presentó promocionalmente como «un programa dedicado al libro». Se tituló «Tiempo de papel». Su aparición se fue retrasando por diferentes motivos hasta el 16 de junio de 1983. El primer director de «Tiempo de papel» fue el escritor Isaac Montero, cuya esposa, la traductora Esther Benítez, que falleció hace unos años, había formado parte de «Encuentros con las Letras». Montero ideó un formato original con una estructura en la que se enlazaban las distintas secciones del programa a través de las intervenciones de un cuervo que hacía las veces de presentador e introductor de los diferentes temas. Se trataba de homenajear a los dos medios que se daban cita en este espacio: la literatura (el cuervo adoptaba el nombre de Nevermore, una alusión al personaje de una de las obras de Edgar Allan Poe) y lo audiovisual (la voz ronca y burlona del animal recordaba los mejores momentos de «Pajaritos y pajarracos» la película de Pasolini). Cada espacio, identificado por unos títulos de crédito que la figura del cuervo se iba tragando, iba separado del siguiente por los acordes musicales de una versión instrumental del tema «Penny Lane» de The Beatles. El nuevo programa, de 60 minutos, comenzó a emitirse en La 2 los jueves a las 21.00, para pasar posteriormente a las 20.00 de los miércoles. «Tiempo de papel» prolongaría su vida hasta el 6 de junio de 1984 fecha en la que emitió su última entrega. En el primer programa, Isaac Montero justificaba la indefinición de las líneas maestras del nuevo espacio. En la declaración de intenciones se decía que «Tiempo de papel» era

Un programa destinado a quienes les gusta la lectura. Semana a semana, el equipo de «Tiempo de papel» estará con ustedes para servirles cumplidamente. Les ofreceremos críticas de las novedades que vayan apareciendo y les proporcionaremos enfoques para abrir viejas y nuevas páginas y les proporcionaremos criterios para que formen la biblioteca de sus hijos. Daremos acogida a grandes escritores vivos para que digan aquí sus opiniones. Como las personas, los programas de televisión maduran con el paso de los días. Y al igual que las personas, los programas de televisión se transforman de acuerdo con el trato que reciben. Les digo esto porque, a mi entender, mejor que contarles los problemas, los propósitos del equipo del programa, o hilvanar algún argumento semejante, prefiero confirmarles que, en estos momentos somos conscientes de nuestras muchas faltas al arrancar y que confiamos en ustedes. Confiamos en que nos señalen no sólo lo que no les gusta sino también lo que aceptan de «Tiempo de papel». En resumen, que esperamos sus críticas, sus sugerencias y también su apoyo. Ya saben: si la televisión y el libro no se llevan del todo bien.

Esta declaración de intenciones del director de «Tiempo de papel» quedaba completada con la que, en un tono mucho más distendido y hasta humorístico, se ponía en boca de Nevermore:

Amigos y enemigos, señoras y señores, con ustedes un programa literario... je, je... los que acaban de apagar la tele no descubrirán, de momento, que este es

un programa literario, sí, pero... vanguardista, retrospectivo, dinámico y «chic»... Nos iremos conociendo.

Son estos principios desde los que parte «Tiempo de papel» los que quieren quedar reafirmados en sus distintas secciones. En el primer espacio inaugural, dentro de la sección «Erase una vez...», el escritor Antonio Gala, al recordar su primera lectura infantil de «La Divina Comedia», termina diciendo:

«Eso es la hermosa historia de los libros, que son siempre antorchas que pasan de una mano a otra y que siguen esa larga y hermosa carrera de relevos que son el amor y la vida».

«Tiempo de papel» introdujo una de las novedades más originales de los programas culturales en televisión, cual es la participación de la audiencia en los contenidos del programa. La fórmula fue la de coloquios entre escritores y alumnos de distintos colegios a quienes previamente se proponía la lectura de una serie de obras sobre las que versaría el desarrollo del debate. Otra de las preocupaciones del nuevo programa fue la atención a la literatura clásica. Ya en el primer programa se abordó la obra de Stendhal a cargo de los escritores Joaquín Goñi y Lourdes Ortiz. La literatura contemporánea en esta primera edición acogió una entrevista con el escritor mexicano Juan Rulfo.

En su corta vida de poco menos de un año (hasta el 6 de junio de 1984), «Tiempo de papel» cubrió un total de 47 programas. Vida no sólo corta sino además aventurada y salpicada de cambios internos y acontecimientos coyunturales que no permitieron que el programa cumpliera los objetivos que se había propuesto en su aparición. Su primer director Isaac Montero dimitió de sus responsabilidades en el programa a los dos meses de iniciarse la emisión, haciéndose cargo a partir de ese momento el coordinador Mariano Navarro y el productor Alberto Espada.

La crítica trató de forma irregular a «Tiempo de papel», tal vez como reflejo de los tormentosos avatares de su existencia. Críticas negativas como la de Vicente Molina Foix, en su sección «El fan» publicada en «Diario 16» el 14 de enero de 1984 (en otro de sus artículos calificaba al programa de *soporífero y clientelista*) o positivas como la del crítico Rafael Conte, en «Los libros y la pequeña pantalla» (publicado en «El País» el 20 de noviembre de 1983) decía del programa que

(...) En su filosofía y su estructura supone el primer intento serio de dar por televisión la información literaria y editorial de manera *diferente* y más *televisiva*.

«Tiempo de papel» se despidió el 6 de junio de 1984, con un programa que incluía una entrevista con el escritor hindú Salman Rushdie (mucho antes de que estallasen sus graves problemas con el régimen iraní) acerca de su obra

«Hijos de la medianoche», y otra de Víctor Claudín al escritor andaluz Alfonso Grosso sobre el conjunto de su obra. El reportaje central del programa estaba dedicado al monasterio de El Escorial y a un libro, «La obra de El Escorial», sobre este monumento. El espacio se cerraba, en esta ocasión, con una canción de despedida en la voz del cantante francés Jacques Brel.

#### «BIBLIOTECA NACIONAL»: LA LITERATURA EN SU ENTORNO

Meses antes de que comenzara la emisión de «Tiempo de papel», había empezado en la Primera Cadena de TVE un programa literario de periodicidad semanal dirigido y presentado por un antiguo componente del equipo de «Encuentros con las letras», el escritor Fernando Sánchez Dragó. Su título era «Biblioteca Nacional», y desde la fecha de su nacimiento (20 de noviembre de 1982) se emitió los sábados a las 14.30, inmediatamente antes del telediario, con una duración aproximada de 30 minutos. El programa tenía como escenario una de las salas de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Los objetivos que perseguía «Biblioteca Nacional» fueron expuestos por Fernando Sánchez Dragó en la primera emisión del programa, como era habitual:

»Biblioteca Nacional» estará dedicada exclusivamente a la literatura (...) Con este programa, cuyo título recoge y refleja precisamente el nombre y el propósito de la institución que le brinda hospitalidad, Televisión Española y yo mismo, y cuantos de una u otra forma lo hacen posible, recogemos el guante de un desafío incruento muchas veces formulado y casi permanentemente postergado: el de demostrar que el mundo del libro puede resultar tan interesante e inclusive tan apasionante para el español de nuestros días como se lo parecen el mundo del disco, del balón, del toro, del espectáculo o de la política (...) Se trata, en definitiva, de invitarles a todos ustedes a emprender un viaje y a correr una aventura: la aventura y el viaje del libro, porque en él (en ellos), como afirma la canción que sirve de música de fondo a los títulos de cabecera de este programa (se trata de la canción «Todo está en los libros», con letra de Jesús Munárriz y música de Luis Eduardo Aute, interpretada por este último).

Estos objetivos se completan con los que el propio director de «Biblioteca Nacional» señalaba en la Memoria del programa, presentada en el departamento de programación de TVE para la aprobación del proyecto:

1. Llenar el hueco existente en la programación de Televisión Española, en la cual no existe en estos momentos (que yo sepa) un solo programa dedicado específicamente al mundo del libro, si bien éste salga ocasionalmente a relucir en programas como «Alcores» o «Arte de vivir».
2. Demostrar que la cultura no está reñida con la amenidad y que es posible hacer un programa de libros que interese al telespectador medio de la pri-

mera cadena sin por ello caer en la divulgación barata ni en la superficialidad y tangencialidad de otras tentativas anteriores.

3. Orientar al telespectador medio para que pueda moverse con un mínimo de conocimientos de causa por los recovecos de un mundo, el de la industria editorial, en el que se publican (sólo en España, sin incluir el mercado americano) más de 25.000 títulos al año.

Aunque abierta, flexible y sujeta a modificaciones impuestas por las circunstancias o aconsejadas en cada caso por el hilo de la actualidad, la estructura de «Biblioteca Nacional» respondía, en líneas generales, al siguiente esquema:

1. Títulos de crédito
2. Sección «El autor de la semana» y entrevista de unos 15 minutos de duración con el escritor seleccionado. En ocasiones, cuando la importancia del autor o de la obra lo requerían, se emitía una segunda parte de esta entrevista en el programa de la siguiente semana.
3. Sección crítica titulada «El libro de la semana». En ella, el autor de la obra seleccionada (salvo casos excepcionales) era también entrevistado previamente. Este miniespacio de crítica duraba alrededor de 5 minutos y adoptaba la forma de un coloquio en el que intervenían el presentador del programa y una serie de representantes de diferentes medios de comunicación, especializados en la crítica literaria o pertenecientes al mundo de la docencia.
4. «Escaparate de novedades» era el título de otra de las secciones. En ella se hacían comentarios de carácter informativo y orientativo, pero no estrictamente crítico, a cargo de Sánchez Dragó, de algunas de las principales novedades editoriales. Su duración era de unos ocho o diez minutos. En ocasiones intervenían, con algún comentario, uno o varios de los autores o editores llevados al programa.

Esta estructura, como ya queda dicho, no presentaba caracteres estrictamente rígidos en cuanto a la duración de sus espacios y la participación de quienes intervenían en ellos. Incluso en ocasiones se dedicaron programas monográficos.

Uno de los más importantes hilos conductores de «Biblioteca Nacional» fue el de la actualidad. Esta característica venía impuesta, además, por su ubicación en la programación de la primera cadena de TVE. Así, salvo en ocasiones muy excepcionales, el libro y el autor de la semana se seleccionaron entre las novedades editoriales más recientes, y en función, por una parte, de su valoración en el mercado, y por otra, de su impacto social. Como otros programas del género, «Biblioteca Nacional» se sirvió de la entrevista como pilar básico de sus contenidos. A diferencia de «Encuentros con las letras», por ejemplo, en las

entrevistas de la sección «El autor de la semana» no se intenta dar una visión global de la biografía y la obra del escritor elegido sino únicamente tratar de su último libro, novedad editorial.

«Biblioteca Nacional» emitió su última entrega el 1 de octubre de 1983. Según el propio Sánchez Dragó escribió en su sección «La Dragontea», de la revista «Época», fue el mismo director general de RTVE, José María Calviño, quien justificó la desaparición del programa: «En la Primera Cadena no queremos cultura, sino películas de Paco Martínez Soria», dice que dijo. Convertido en exaltado y combativo antisocialista desde los micrófonos de una tertulia radiofónica de la COPE, años más tarde calificó su salida de TVE en 1993 como una «expulsión» tras 17 años de trabajo en la empresa pública, por apoyar al Partido Popular cuando dirigía el programa «El mundo por montera». Aquí se autodefine como «el mejor haciendo programas de libros».

Fernando Sánchez Dragó se ha venido destacando en el panorama literario español más que por sus novelas (fue Premio Planeta en 1992 con «La prueba del laberinto») y ensayos (alguno de los cuales como su «Gágoris y Habidis. Una historia mágica de España» alcanzaron en su momento una gran notoriedad), por su actitud provocadora (se define como cristiano de Cristo, pagano, budista, taoísta y anarquista) y por sus afirmaciones polémicas en la línea de la más escandalosa de las heterodoxias, lo que no le ha impedido, como es el caso, conducir un programa cultural que se supone orientativo para una audiencia poco iniciada. En su momento causaron una gran indignación sus descalificaciones de la obra y la figura de Francisco Umbral, su afirmación de que Rafael Alberti había sido un gran poeta hasta la publicación de «Marinero en tierra», y su exaltación de textos y autores considerados como fascistas. En esa línea de provocación asegura que las novelas de Juan Benet habían sido (...) *tan insalubres para la narrativa española como para la universal lo fue el «Ulises» de Joyce*. Además de Benet y Joyce, Sánchez Dragó tiene otras fobias que confiesa abiertamente, como Thomas Bernhard y William Faulkner, de quien ha escrito que tiene una «*congénita incapacidad de expresarse como Dios manda*». A esta pasión heterodoxa Sánchez Dragó añade una verdadera fobia por el medio televisivo, al que identifica con «el maligno» (... *nunca, lo que se dice nunca, veo programas de televisión (...) la televisión es el cáncer social (...) el principal enemigo de la cultura y del ser humano*), el cine, el teatro, los conciertos y los espectáculos deportivos, frente a su voracidad lectora (500 libros cada año, afirma, a un ritmo de cien páginas a la hora). Resulta cuando menos sorprendente que una persona que odia la televisión con tanta saña se decida a dirigir un programa en un medio del que desconoce sus capacidades, aunque sea sobre un tema que domina y con la intención de aprovechar la fuerza del enemigo para vencerlo. Su lema para sus programas es *Deseo que la gente apague la tele y lea. Que vea sólo mi espacio (...)*. Sin embargo, no hay que

negarle a Fernando Sánchez Dragó una personalidad exuberante y atractiva, unas innatas dotes de lo que se llama comunicador, capaz de hacerse por ello con una audiencia nada desdeñable.

«TIEMPOS MODERNOS»: REVISTA DE CULTURA

Adoptando el título de una de las famosas películas de Chaplin, «Tiempos Modernos» comenzó sus emisiones el miércoles 21 de noviembre de 1984, con una duración de 60 minutos, a las 20.00 en la segunda cadena de TVE. El responsable de este nuevo programa era el crítico de cine Miguel Rubio, atendido por una serie de asesores para las distintas áreas culturales, entre los que se encontraban Blanca Andreu, Julio Llamazares, Juan Manuel Bonet, Agustín Jiménez, Javier Rubio, Agustín Tena, Gustavo Torner y Francisco Calvo Serraller. La característica de este equipo, que a lo largo de la historia del programa sufrió sucesivas transformaciones, fue la especialización de cada uno de sus componentes en las áreas que tenían a su cargo: Julio Llamazares y el novelista Alejandro Gándara se ocupaban de la información literaria. Juan Manuel Bonet, poeta y bibliófilo, Francisco Calvo Serraller y Javier Rubio tenían a su cargo la sección de arte. Agustín Tena, también poeta y escritor, se ocupaba de la cultura de vanguardia, mientras el arquitecto Miguel Hernández, profesor de Estética de la Facultad de Arquitectura de Madrid, era el encargado del mundo relacionado con el urbanismo. No obstante esta especialización, no era infrecuente el intercambio de temas y actividades entre ellos.

Aunque en su emisión inicial «Tiempos Modernos» no hace ninguna declaración de intenciones, el programa se define, en palabras de su director Miguel Rubio como

(...) Un programa dedicado al mundo de las artes plásticas y de la literatura en su acepción más amplia, más todos aquellos elementos pertenecientes al mundo de la cultura y el arte que no fuesen tratados por los demás programas de TVE.

En esta amplia acepción se incluían asimismo los temas de fenomenología cultural de carácter cotidiano o histórico relacionados con las artes y con el ambiente intelectual que, de alguna manera, fuesen sintomáticos de corrientes, modas, gustos y escuelas en vigor, sin olvidar, cuando la actualidad lo requería, temas de política cultural. Entre los objetivos confesados a lo largo de su emisión figuraban el ser un programa no destinado a los especialistas y dedicado a ayudar a despertar el interés de nuevos aficionados, una invitación a conocer y crear nuevas necesidades culturales.

En «Tiempos Modernos», el mundo de la creación y el de la degustación del arte y de la literatura se relacionaban con otros temas que les servían de sopor-

te o fundamentación, o que estaban conectados con ellos: la ciencia, el pensamiento, la sociología, la antropología, la demografía, o aspectos más cotidianos, como la moda, el urbanismo, la decoración, el diseño industrial o la artesanía. Todos los aspectos que, en opinión de los responsables, ampliases el conocimiento de la creación plástica o literaria o que resultasen explicativos de los movimientos u obras tratados en el programa, tenían cabida en este informativo cultural.

Informativo, pues, cultural antes que literario, como eran los anteriores, sin embargo «Tiempos Modernos» dedicó no obstante una gran parte de sus contenidos a la literatura en sus múltiples manifestaciones. Ya su primer programa, que se abría con una presentación a cargo de la poetisa Blanca Andreu («Tiempos Modernos» probó durante toda su trayectoria diversas fórmulas en su presentación, estructura y desarrollo), incluía una larga entrevista de Miguel Rubio al escritor argentino Ernesto Sábato, un reportaje sobre el novelista inglés Malcolm Lowry ilustrado con imágenes de la adaptación cinematográfica que de su obra «Bajo el volcán» hiciera John Huston y de un cortometraje del español Fernando Cobo de igual título, lectura de textos de otras obras de Lowry, etc., hasta cerrar este primer número con otra entrevista al escritor cubano Severo Sarduy. Esta dependencia de la literatura continuó en similares proporciones a lo largo de todos los programas, ocupando con frecuencia más del cincuenta por ciento de sus contenidos<sup>1</sup>.

#### «LA HORA DEL LECTOR» Y OTRAS EXPERIENCIAS

Retomando el título de un libro de culto publicado por José María Castellet en 1957, «La hora del lector» fue uno de los intentos más populares de acercar la literatura al gran público. En este programa de 1985, cada semana un personaje popular (futbolistas, cantantes, actores, etc.) era entrevistado sobre sus gustos literarios. La conversación se centraba en un libro previamente pactado. Luis Carandell y Olga Barrio fueron algunos de sus presentadores. El método de contar con personajes populares para divulgar la literatura se volvió a ensayar en 1993 con el programa «Colorín, colorado», un miniespacio en el que un per-

<sup>1</sup> Algunos ejemplos: Entrevistas a Lawrence Durrell, Andrés Berlanga y crítica a la novela de este último «La gazañapira» (28-11-84). Entrevista al poeta Claudio Rodríguez, reportaje sobre Marcel Proust con motivo del estreno de la película «Un amor de Swan», reportaje sobre las novelas policíacas de David Serafín (12-12-84). Entrevistas a Anthony Burgess y Josefina Aldecoa, reportaje sobre el libro infantil, otro sobre George Orwell y un tercero acerca de Diderot (19-12-84). Entrevistas a James Baldwyn y Caballero Bonald y reportaje sobre Alfonso X el Sabio. Periódicamente «Tiempos Modernos» dedicaba monográficos a temas exclusivamente literarios: Feria Nacional del Libro (28-5-85), «La joven narrativa española» (23-4-86), etc.

sonaje conocido narraba un cuento infantil. La intención de este espacio era la de hacer las veces de los populares dibujos animados de la canción «Vamos a la cama», para dar paso a la programación para adultos. Exclusivamente dedicado a la literatura infantil ya se había intentado una efímera experiencia en 1989 con «Un cesto lleno de libros», presentado por el actor Enrique Pérez Simón y que hacían José Miguel Pérez de Muñoz, Juan Farias y Encarnación Viola.

«EL NUEVO ESPECTADOR». UNA EXPERIENCIA MERECEDORA DE MEJOR SUERTE

En enero de 1989 La Primera Cadena de TVE comenzó la emisión de un nuevo programa cultural con el orteguiano título de «El nuevo espectador», dirigido y presentado por el periodista Eduardo Sotillos. Fue la única vez (entonces la dirección general de RTVE estaba en manos de Pilar Miró) en que se intentó la experiencia de emitir un programa cultural en horario de *prime time*, en directo, los martes, a las 21.35, una hora privilegiada para lo que se estilaba en este tipo de programas. La experiencia duró poco, porque pronto se trasladó a la medianoche de los lunes en La 2 (en Cataluña el centro territorial de TVE lo emitía los domingos a las 18.25). «El nuevo espectador» pretendió informar y debatir acerca de las múltiples manifestaciones del mundo de la cultura. La puesta en escena simulaba el ambiente de un establecimiento, un café moderno en el que tienen lugar diversas tertulias en torno a distintas manifestaciones de la cultura: había un rincón literario, un rincón poético, un rincón del artista, etc.. Un local al que acuden todo tipo de personas para conversar sobre diversos temas culturales, ilustrados previamente con imágenes «ad hoc». También había una mesa para un «ilustrador», un dibujante que, en cada velada, esbozaba un dibujo de lo que acontecía en el local. Entre los contertulios fijos, Blanca Berasategui, Vicente Verdú, Ramón de España, Miguel Rubio, Mauro Armiño... En cada espacio se abordaban diferentes novedades culturales, pero siempre al amparo de un «leit motiv» principal, un hecho de especial trascendencia. «El nuevo espectador» dejó de emitirse en diciembre de 1990, con un programa dedicado al humor. El Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid le concedería el Premio Santiago Amón de Periodismo por su labor divulgadora sobre arquitectura y urbanismo, que en el programa estaba a cargo de María José Arnáiz.

Estos programas pusieron las bases de lo que fundamentalmente en La 2 de TVE fue una tradición, sólo interrumpida temporalmente, de tener un programa de libros. «A pie de página» en 1991, «La isla del tesoro» en 1992, «Señas de identidad» y «El lector» en 1994, «Negro sobre blanco» en 1997, «Los libros» en 1998, «Estravagario» en 2005 y «Página 2» ahora mismo.

## LA INFORMACIÓN CULTURAL DISEMINADA. EL CASO DE LOS TELEDIARIOS

Que la televisión es un gigantesco medio de cultura de masas es algo que no debe estar en discusión en ningún caso, y creo que ha quedado demostrado a lo largo de esta exposición. Transmite cultura y al mismo tiempo la genera. Otra cosa es que no transmita ni genere toda la que debiera, lo haga en horarios y emisiones marginales y muchas veces con dudoso gusto. El recorrido que hemos realizado por la programación cultural de la televisión no pretende abarcar todas las manifestaciones culturales que se expresan a través del medio, lo que nos llevaría a la exposición de una interminable colección de programas más o menos efímeros. Pero quedaría incompleto sin la referencia a los contenidos culturales de los espacios de televisión que, sin estar dedicados a la cultura o a la información cultural, la incluyen entre sus contenidos. Programas de entretenimiento que invitan a un escritor para que hable de su último libro, series que en uno de sus capítulos se acercan al tratamiento de un tema cultural, espacios infantiles que acercan la lectura («Un cesto lleno de libros», «El cuentacuentos») a los niños. Y están también una larga serie de programas que no hemos estudiado por no hacer demasiado exhaustiva esta exposición. ¿No son culturales los concursos en los que los teleespectadores aprenden a través del juego de preguntas y respuestas de los participantes?. ¿Puede alguien negar que los documentales son una de las expresiones más propiamente televisivas y enriquecedoras para el conocimiento cultural de las audiencias de todo tipo? Se olvida con facilidad que no hace ni medio siglo nadie habría soñado «conocer» mundos que nunca hubiera podido llegar a imaginar, «viajar» a países de los que ni siquiera sabía que existieran, «contemplar» aspectos del mundo animal, vegetal y humano fuera del alcance de la gran mayoría. Ocurre por desgracia que ni este tipo de programas son tan frecuentes ni sus audiencias tan elevadas como sería deseable. Como las audiencias, por ejemplo, de un telediario.

## EL DIFÍCIL BINOMIO ARTE-TELEVISIÓN

Como ocurría con la poesía, tampoco parece que el arte haya encontrado en la televisión un buen aliado, si no es en aquellas manifestaciones propiamente audiovisuales, como el video de creación, la holografía, la realidad virtual, la videodanza, o de fenómenos mediáticos como la retransmisión en 1993 de la reapertura de los frescos la Capilla Sixtina del Vaticano por la que la Nippon Television Network pagó 1600 millones de pesetas. Algunas interpretaciones atribuyen este fenómeno a que en el ámbito de la estética la televisión sólo puede proporcionar una sensibilización al espectador ante la obra de arte, pero nunca sustituir la percepción directa, que es la condición esencial de toda producción artística. En relación con este fenómeno hemos de registrar una curiosa

manifestación en el medio televisivo en relación con el arte, y es que a medida de que los programadores de televisión son más conscientes de que las grandes audiencias rechazan los programas de arte, todas las cadenas han adaptado a sus miniespacios autopromocionales y de continuidad imágenes extraídas de las artes a que han dado lugar la fusión de las técnicas informáticas y audiovisuales. Por no hablar de la publicidad, un fenómeno en el que las artes electrónicas han encontrado un campo de investigación artística que ha proporcionado excelentes hallazgos.

También el campo de las relaciones entre el arte y la televisión tiene sus detractores. El pintor español El Hortelano asegura que la televisión, con su vertiginosa sucesión de planos, ha arruinado la cultura pictórica. En el campo de quienes han descubierto en la televisión un medio para divulgar el conocimiento del arte, el catedrático de la universidad Complutense Valeriano Bozal declaraba tras su colaboración en un documental sobre Goya: *«(...) este programa demuestra que se pueden hacer documentales sin aburrir al público. La calidad no tiene que estar enfrentada con el medio.»*

A pesar de todo ello, los programas de arte tienen una presencia, bien que mínima, en la pequeña pantalla. Tal vez no se haya dado aún con la fórmula para hacer interesante el arte en televisión. En este sentido hay que destacar a una presentadora atípica, la monja Sor Wendy, una crítica de arte sesentona, de la cadena británica BBC, cuyos programas «La odisea de la hermana Wendy», «Grand tour» o «Historia de la pintura», convocan a una audiencia nada desdeñable. En España, durante la transición, programas como «El mirador» (1987), de Ángela Ubreva, «La memoria fértil», de Domènec Font, el mensual «Por la ruta de los vientos» (ambos de 1988), etc., mantuvieron viva una llama y contaron con audiencias fidelísimas aunque minoritarias. El más popular de los programas pioneros de arte fue «Mirar un cuadro», dirigido por Alfredo Castellón, que TVE emitió entre febrero de 1982 y enero de 1984, y que fue repuesto en 1988, en el que más de medio centenar de personalidades del mundo de la cultura española comentaban otros tantos cuadros del Museo del Prado.

La musa de los primeros programas de arte en TVE fue la periodista Paloma Chamorro. Después de sus primeras incursiones en el programa «Galería», «Cultura 2» y los citados «Encuentros con las Artes y las Letras», su gran oportunidad iba a presentarse cuando en octubre de 1977 tuvo que sustituir a Ramón Gómez Redondo al frente de «Trazos», un programa del que ya era subdirectora. De una hora de duración, «Trazos» aún se emitía en blanco y negro los jueves a las 19.30 por la Segunda Cadena de TVE. Pero, más importante que «Trazos», su primer programa de creación propia sería «Imágenes», que comenzó a emitirse en octubre de 1978, a las 20.30 horas de los miércoles, también en la Segunda Cadena. Aunque poseía una estructura similar a «Trazos», con

reportajes sobre exposiciones e informaciones culturales, incorporaba nuevas secciones, debates en estudio y comentarios de especialistas, todo ello con un tratamiento de elementos formales rupturistas que introducían un estilo innovador. Entre los colaboradores de «Imágenes» estaban Fernando Huici, José Miguel Ullán, Ángel González y Francisco Calvo Serraller.

En mayo 1983 Paloma Chamorro comenzó una de las aventuras más creativas del fenómeno cultural en televisión: «La edad de oro». Este espacio de título buñueliano, que se emitía en directo a las 22.30 de los martes, recogió algunas de las experiencias más creativas que un programa cultural podía incorporar a sus contenidos. Su estructura era la de un «magazine» convencional, aunque su estética era rupturista. De hora y media de duración, incorporaba entrevistas a personajes del mundo de las vanguardias artísticas, actuaciones musicales de grupos que practicaban los estilos más experimentales, y reportajes filmados sobre los movimientos artísticos más innovadores. Su línea experimental y vanguardista se salía de todo lo conocido hasta entonces. Aquí se incluyeron por primera vez obras de ficción como «Trailer para amantes de lo prohibido», de Pedro Almodóvar, o «Amor apache», de Ceesepe. «La edad de oro» pasa por ser el programa de televisión más representativo del movimiento cultural de «la movida».

La última incursión de Paloma Chamorro en la programación cultural de TVE se llamó «La estación de Perpiñán». Comenzó en mayo de 1987 y terminó pocos meses después, asediada por la crítica más conservadora, que se escandalizó de algunos de sus contenidos. Paloma Chamorro venía arrastrando este tipo de problemas de su anterior programa «La edad de oro». El abogado Juan Ruiz Izquierdo llegó a pedir para la presentadora dos años y cuatro meses de prisión por un delito de profanación, por la emisión de un video musical en el que la cabeza de un Cristo crucificado era sustituida por la de un animal.

«La estación de Perpiñán» consistía en una larga conversación (60 minutos) con artistas y músicos de vanguardia, intercalada con grabaciones y reportajes de las figuras entrevistadas.

#### LA EXCEPCIÓN DE «METRÓPOLIS»

La antorcha del arte de vanguardia en la programación de TVE, junto a las experiencias de Paloma Chamorro, está representada por «Metrópolis», un espacio que había comenzado a emitirse sin mucho éxito en abril de 1985 en la Segunda Cadena, aprovechando el «tirón» del movimiento sociológico juvenil de la «movida». Su emisión se colocó los domingos por la noche, después del último programa, para evitar restar audiencia a ningún otro espacio, una ventaja, según sus responsables, que suponía un plus de libertad y menos condiciona-

mientos a la hora de elegir sus contenidos. Entre 400.000 y 800.000 espectadores acogieron con una fidelidad sorprendente las primeras emisiones de «Metrópolis». Hoy esa audiencia apenas ha variado. En la actualidad continúa en antena, con cambios en la hora y el día de emisión, con ausencias temporales, en un insólito caso de permanencia, más allá de los cambios en las exigencias estéticas, comerciales y políticas. Hasta el punto de que ya puede hablarse de un clásico y de un programa de culto en la parrilla de TVE, un privilegio alcanzado por muy pocos espacios. Es el de «Metrópolis» un caso paradigmático de generación de arte a través de la televisión, como lo prueba la decisión del Museo de Arte Reina Sofía de que sus programas formen parte de los fondos documentales de la pinacoteca, para que investigadores y estudiosos de las vanguardias del arte contemporáneo puedan acceder a las imágenes que «Metrópolis» ha ido acumulando a lo largo de su ya larga historia.

De periodicidad semanal («Metrópolis» llegó a tener una etapa, durante cuatro meses de 1986, de emisión diaria de lunes a viernes), su título se inspira en los de la célebre película de Fritz Lang y de la revista del MoMA. La elección obedece a su sentido de universalidad y a que es una palabra que se entiende prácticamente en todos los idiomas. Entre los contenidos más innovadores de «Metrópolis» estuvo siempre la creciente experimentación de las artes videográficas, que en TVE ya había tenido una serie monográfica con «El ojo del video» en 1984. Asimismo el primer director de «Metrópolis», Alejandro G. Lavilla, declaraba haber concebido este espacio como un programa urbano que interesaba sobre todo a los jóvenes que vivían en las grandes ciudades: la primera entrega incluía un reportaje sobre las ciudades de Tokio y Vigo, y otro sobre el videoartista Xavier F. Villaverde. En los primeros meses «Metrópolis» dedicaba cada programa a una gran ciudad, de la que incluía un reportaje sobre sus lugares y personajes de vanguardia. Urbanismo y video de experimentación, presentes desde la cabecera del programa, continúan siendo actualmente dos de los contenidos prioritarios de «Metrópolis», cuyos hallazgos formales constituyen en ocasiones, en sí mismos, verdaderas creaciones artísticas dentro de una nueva escritura televisiva que ha puesto en evidencia las grandes posibilidades en la utilización de los recursos electrónicos y de postproducción. Entre los temas más frecuentados por «Metrópolis» figuran también arquitectura (Santiago Calatrava), artes plásticas, infografía, arte virtual (Nam June Paik), música (Carles Santos, Philip Glass), cine de vanguardia («Koyaanisquatsi», «Powaquatsi», Peter Greenaway), publicidad (Jean Baptiste Mondino, Joe Pytka), cómic (Moebius), performance (Skip Arnold, Montserrat Colomé), performance videográfica (Patty Chang, Ursula Hodel, Paul Harrison), fotografía (Werner Pawlok), videodanza (Bouvier y Obadia, Phillipe Decoufflé, DV 8), moda (Jean Paul Gaultier), diseño (Philippe Starck, Javier Romero), teatro experimental (Survival Research Laboratories, La Fura dels Baus) e informática de creación

(Siggraph e Imagina), en una interesante mezcla ecléctica, sin ningún planteamiento censor ante temas de sexo, violencia, religión o política. Por citar algunas piezas antológicas de la televisión que hace «Metrópolis», el programa «Hombres» constituye una verdadera obra de creación y un compendio de los temas y las técnicas vanguardistas utilizados por este espacio, así como «La tiranía de la belleza», un estudio de la sociopatía provocada por los creadores de imagen en la persecución de un canon estético inalcanzable. La estructura del programa, que consiguió por primera vez en España prescindir de presentadores, atiende en la actualidad tanto a personajes como a temas, con tratamientos monográficos, que a veces ocupan varios capítulos. Y casi siempre a personajes ignorados por el marketing cultural y los grandes circuitos comerciales, aunque alguno de ellos alcanzaría notoriedad con los años, como los casos de Suzanne Vega y Laurie Anderson, el videoartista polaco Rbzymsky o el polifacético gallego Antón Reixa. Una de las señas de identidad de «Metrópolis» ha sido desde siempre la de ir contra el mercado, los cánones establecidos, las obras y los artistas encumbrados. Los contenidos de «Metrópolis» pueden seguirse semana a semana a través de una página web de internet.